

LOS SIMULADORES ACOMPLEJADOS

Tomás Balmaceda Huarte

UBA

Introducción

Existe un extenso e interesante debate actual acerca de cómo entender la naturaleza de la teoría de la mente en relación a los conocimientos de la psicología del sentido común. En él encontramos dos bandos opuestos bien diferenciados. Los que creen que el entendimiento psicológico debe ser explicado dando cuenta del conocimiento de una teoría acerca del funcionamiento mental y aquellos que niegan que una teoría tal sea requerida, sosteniendo que basta con apelar a ciertas habilidades particulares, en especial aquellas que recrean o simulan los pensamientos ajenos, para entender la manera en que explicamos y predecimos nuestra conducta y la de los demás.

Los del primer bando son los “teóricos de la teoría” y los del segundo, los “teóricos de la simulación”. Si bien la división no es tajante, pues existen algunas posturas híbridas y bastantes diferencias internas, todos los autores que han tratado la cuestión se enfilan en alguna de las dos corrientes.

Como en todo debate filosófico que se digne de tal, desde una postura y otra se lanzan y responden con argumentos de artillería pesada. En este trabajo quisiera analizar uno de ellos. Es la crítica formulada por los teóricos de la teoría hacia sus rivales, según la cual no es posible concebir ningún tipo de simulación que no requiera al menos de una base teórica implícita. Esta necesidad volvería a los teóricos de la simulación teóricos de la teoría no asumidos. En otras palabras, se los acusa de ser unos simuladores acomplexados, que reniegan de lo que realmente son.

Mi plan es (i) exponer brevemente en qué consiste la teoría de la simulación; (ii) reconstruir esta crítica que se le formula; (iii) analizar las maneras en que se ha respondido a este problema y (iv) evaluar el verdadero alcance de la crítica y qué posibilidades abre para el futuro desarrollo de nociones en la psicología de sentido común. Mi postura es que toda teoría de la simulación necesita un compromiso mínimo con una base teórica, y que, si bien esto no la asimila sin más a la postura de la teoría de

la teoría, sí constituye un hecho auspicioso hacia una teoría híbrida que dé cuenta de la naturaleza de lo mental.

(i)

La idea de que el estudio de ciertos juicios y explicaciones psicológicas se benefician al recrear un estado mental (o al “ponerse en el lugar del otro”) tiene su modesta tradición en la historia de la filosofía. Consideraciones similares aparecen en la *Verstehen* de Dilthey y Weber o en los escritos de Collingwood. Este recurso recibió varios nombres, como “replicación” o “empatía”. En este momento, se lo llama “simulación”.

Los positivistas cargaron duro contra esta idea, situándola en el contexto de descubrimiento como una herramienta más para plantear hipótesis, y desechándola del ámbito de la justificación.

Las cosas cambiaron desde entonces, y hoy la simulación goza de buena salud, gracias a los trabajos de autores como R. Gordon, A. Goldman, o P. Harris. Ellos creen que en el debate acerca de la naturaleza de la teoría de la mente la simulación trae una manera fructífera de entender cómo nos comprendemos todos los días. Reclaman para la simulación un papel central en la psicología de sentido común.

Sin embargo no hay un consenso unánime acerca de cómo caracterizar a una teoría de la simulación. En la bibliografía actual podemos hallar varias posturas, muchas de ellas tan disímiles que cuesta pensar cómo encontrarles algo en común. Aún así, y por encima de las discrepancias, creo que podemos arribar a una caracterización general. Todos los teóricos de la simulación acuerdan que en la base de nuestras habilidades mentales tales como la explicación o predicción de conductas de terceros existe la habilidad de proyectarnos (imaginariamente) a nosotros mismos en la perspectiva de la otra persona, simulando su actividad mental. Lo que hacemos, consciente o inconscientemente, es pretendernos a nosotros en la situación de la otra persona, imaginar sus deseos y creencias y utilizar esa información para determinar las decisiones que tomaría.

Para los teóricos de la simulación, entonces, en la predicción y comprensión de la conducta de terceros no son necesarios pensamientos del tipo “*Él cree que p*”, sino solamente “*Yo creo que p*”, donde el sujeto se identifica imaginariamente con la otra

persona. Tampoco hace falta un concepto de creencia o un conjunto de conocimientos de sentido común.¹ Basta que sean analizados una serie de estados que tengan una relevancia isofórmica con los estados del sujeto a emular y que la simulación no sea simple isomorfismo, sino del tipo “process driven”, es decir, conducida por el mismo proceso.

La motivación para defender esta teoría es atractiva. Todos experimentamos un conocimiento directo y una predicción casi infalible de nuestras acciones inmediatas. La tentación de extender este poder es grande. De hecho, cuando nos pensamos en situaciones contrafácticas estamos haciendo eso. Si consiguiéramos salir de la esfera personal manteniendo esta habilidad, nos veríamos ampliamente beneficiados. El problema, nada menor, es que nadie es idéntico a mí.

Para los teóricos de la simulación puedo zanjar estas diferencias entre el otro y yo gracias a la imaginación. Sólo necesito encontrar ciertas similitudes relevantes con el tercero, porque el resto puede ser solucionado. La clave está, obviamente, en qué voy a concebir como “similitud relevante” y, correlativamente, qué como “diferencia menor”.

Así como un jugador profesional de ajedrez puede entender o predecir cómo jugará un novato torpe², yo puedo entender a los demás “poniéndome en sus zapatos”

(ii)

Lamentablemente, no todos comparten el mismo entusiasmo que (entre otros) Gordon, Goldman o Harris sobre la simulación como componente de una teoría que explique lo mental. Existen muchas y diversas críticas, de entre las cuales quisiera rescatar la más corriente y sencilla y, por eso mismo, más demoledora. Básicamente, se trata de la acusación global a todos los teóricos de la simulación de ser simuladores acomplexados, “teóricos de la teoría no asumidos”.

El argumento puede ser reconstruido de este modo. Los partidarios de la teoría de la simulación afirman que es posible dar cuenta de la conducta de los demás sin apelar a ninguna teoría psicológica, sino simplemente “simulando”. Sin embargo, no hay manera de siquiera iniciar una simulación sin apelar a ciertos conceptos teóricos psicológicos. Este grupo de conceptos forman una modesta teoría psicológica. Entonces,

¹ Para algunos autores se puede prescindir, inclusive, del “Yo creo” mencionado.

² GORDON, R 1996 “Radical simulationism” en CARRUTHERS & SMITH, eds. Theories of theories of mind, Cambridge Press

los teóricos de la simulación apelan a una teoría para explicar y predecir la conducta y son, por tanto, teóricos de la teoría encubiertos. No hay, de este modo, una rivalidad entre dos teorías que explican la manera de entender la naturaleza de lo mental, sino una sola teoría (la teoría de teoría).

Este razonamiento requiere, sin duda, algunas aclaraciones. La idea central es que el mero hecho de “ponerse en el lugar del otro” requiere poseer una teoría acerca de la mente y el comportamiento. ¿Cuándo entra en juego tal teoría? En varios momentos. La posesión de un acervo de elementos teóricos es el que me permite, por ejemplo, diferenciar creencias de deseos o percepciones, conocer cómo una creencia se infiere de otra o de qué manera esa creencia deriva en una conducta.

Por otro lado, no puedo juzgar las diferencias relevantes con el otro sin utilizar ciertos conceptos. La selección de aquellos estados mentales y circunstancias específicas que debo tener en cuenta a la hora de simular implica que estoy haciendo uso de algunos conceptos.

Ahora bien, ¿estos conceptos constituyen de suyo una teoría? No hay espacio aquí para una discusión acerca de una definición satisfactoria del término, pero es importante señalar que los teóricos de la teoría no postulan la posesión de una teoría clara, completa y explícita. Muchos hablan de una teoría tácita y relativamente simple, que se parece mucho a la supuestamente invocada para simular.

Por último, el alcance de esta crítica no es menor, porque se centra en el espíritu general de la simulación. Aún cuando, como ya indicamos, existen diferentes facciones entre los teóricos de la simulación, todos caerían de alguna forma bajo este cuestionamiento.

(iii)

Frente a esta crítica, se pueden tomar dos posiciones. O bien negar su validez y señalar en qué se equivocan los que la sostienen; o bien aceptar la argumentación e intentar reformular la idea de teoría de la simulación hasta salvarla del alcance de la crítica. Analizaremos ambas posturas.

Entre los que niegan validez a la crítica se encuentra Gordon. Él es quien, paradigmáticamente, ha sostenido la visión más radicalizada de simulación: según ésta, el dominio de conceptos psicológicos no sólo depende principalmente de la habilidad de

simular a otros³, sino que constituye una condición necesaria que prescinde de la posesión de cualquier otro concepto.

Gordon cree que la crítica a la simulación es tanto dependiente de alguna forma de conocimiento teórico malinterpreta la acción del simulador. Para él, el acento no debe estar puesto en cómo se obtiene información del sujeto a emular, sino de cómo son las circunstancias en que se encuentra. Para facilitar la aceptación de su postura, presenta el siguiente ejemplo. Estamos en un bosque con un amigo siguiendo unas huellas. De golpe, nuestro amigo pega un grito y sale corriendo. ¿Cómo entender su conducta?

La clave no es pensar en la estructura psicológica de nuestro amigo mientras lo vemos alejarse espantado; sino centrarnos en qué haríamos *en su situación*. Esto quiere decir que debemos observar la situación hasta detectar qué cosa puede hacerme asustar y querer huir. Si nos colocamos en el lugar donde estaba nuestro amigo y miramos hacia donde él miraba, descubriremos un oso que se acerca.

Este ejemplo patentiza, para Gordon, que ninguna teoría es requerida para simular al otro, sino que las circunstancias y el contexto donde se encuentra es suficiente para poder determinar qué haría yo en su situación. A veces, como en el ejemplo, se puede tomar físicamente el lugar del otro, en otras oportunidades la reconstrucción de las circunstancias debe hacerse imaginariamente.

Otros teóricos de la simulación, por su parte, se encuentran dispuestos a aceptar que no hay simulación sin la participación de algunos conocimientos teóricos mínimos.

La opinión de estos filósofos se divide en dos grupos. Están, por un lado, los que creen que se necesitan hacer algunas generalizaciones para simular, pero que estas generalizaciones juegan un papel totalmente secundario. Puedo tener en mente la educación que tuvo mi amigo sobre los peligros del bosque e inducir su creencia de que los osos son peligrosos y su miedo hacia ellos. Esta generalización cumple la función de un *atajo* para explicar su conducta, pero que no pone en peligro el status no teórico de la simulación. La idea que subyace es que, eventualmente, podría prescindir de él.

Por otro lado, algunos filósofos conceden que un grado mínimo de teoría psicológica se infiltra, queramos o no, en nuestro intento por obtener la información relevante que nos permita realizar una simulación exitosa.⁴

³ op. cit.

⁴ Así, alguien que, por ejemplo, carezca de la idea de que los otros poseen conceptos y estados mentales parecidos a los nuestros no podrá simular satisfactoriamente nada.

Para Heal⁵ esta “confesión” no sería la abdicación total de la teoría de la simulación a favor de los teóricos de la teoría, porque los conocimientos teóricos involucrados serían mínimos y por eso mismo diferentes de los que requiere la teoría de la teoría. Para esta autora no existe aún ningún argumento que pruebe que la simulación requiera algo adicional a esta base teórica mínima.⁶

Esta pequeña interferencia no constituye ni un síndrome de “teórico de teoría no asumido”, como insisten sus detractores; ni una forma de teoría híbrida. Un ejemplo de esto último es Carruthers, para quien la simulación es una fuente confiable de donde obtener información de la manera en que predecimos y explicamos la conducta ajena, pero que falla al dar cuenta de cómo los estados del otro son conceptualizados o conocidos. Ante esa insuficiencia defiende una postura que se basa en la “simulación circunscripta por una teoría”.⁷

(iv)

Quisiera realizar, a modo de conclusión y de manera breve, algunas observaciones críticas a las posturas analizadas en la sección anterior.

Creo que Gordon sobredimensiona el papel del medio ambiente en la toma de decisiones y subestima el componente personal del individuo. El ejemplo del oso es engañoso porque apela a un peligro al que todos tememos.⁸ Pero en muchas oportunidades nos encontraremos con que la mera información acerca de las circunstancias del mundo no nos son suficientes. Esto implica que debo conocer algo de los deseos y creencias de la persona que quiero entender o predecir. Por supuesto que este conocimiento variará significativamente (en el caso de un amigo conoceré muchas cosas, y en el caso de un extraño, no tantas), pero parece claro que en todos los casos hay una cierta dependencia de conceptos psicológicos teóricos.

⁵ HEAL, J 1995 “How to think about thinking” en DAVIES & STONE, eds. *Folk Psychology*, Blackwell Publishers

⁶ op.cit. Sin embargo, señala que habría algunas pruebas empíricas que sugerirían que el desarrollo de habilidades de inferencias por simulación, sólo se producen cuando el niño posee la categoría teórica de “inferencia”.

⁷ CARRUTHERS, P. 1996 “Simulation and self-knowledge: a defense of theory-theory” en CARRUTHERS & SMITH, eds. *Theories of theories of mind*, Cambridge Press

⁸ Davies y Stone señalan que podría ser el caso de que la educación de mi amigo lo inclinara a temer a los osos a la vez que mi educación me llevara a considerarlos animales tiernos. En esa instancia, aún viendo al oso acercarse no podría explicar la conducta de mi miedoso compañero. Cfr. DAVIES y STONE, 1995

Una versión fuerte de la teoría de la simulación como la que sostiene Gordon no puede escapar, en mi opinión, al reconocimiento de que cierta apelación a conocimiento teórico es necesaria. Este reconocimiento implicaría su disolución.

Por otro lado, considero que Heal acierta al defender un uso necesario de un mínimo de teoría en la simulación, pero la conclusión de su razonamiento no me convence. Ese acervo teórico mínimo asumido, si bien podría no bastar para adherir a la teoría de la teoría, creo que deja abierta la puerta para la introducción de teorías híbridas. No veo descabellado pensar en una postura solidaria entre los teóricos de la teoría de la teoría y los de la simulación. De hecho, considero que los avances más interesantes en este campo son los de aquellos que se arriesgan a mezclar un poco de cada cosa.

A favor de esta posibilidad se puede señalar que ambas teorías comparten el mismo objetivo, y que cada una posee aspectos donde demuestran una superioridad respecto a su adversaria. Quizás sea el momento de dejar de verlas como rivales y comenzar a buscar la manera de complementarlas.

Creo que ninguna de las posiciones más fuertes se puede sostener. Ni la de los que piensan que los simuladores son teóricos de la teoría encubiertos y que, por lo tanto, no hay más que una posición única con respecto cómo explicarnos o predecir la conducta de los demás; ni los que siguen a Gordon en su cruzada por eliminar cualquier resabio teórico en la simulación.

Me parece que se puede volver a mirar la rivalidad entre los defensores de las dos teorías para descubrir una cierta simpatía entre versiones débiles de ambas y señalar un camino hacia una postura que tome armónicamente lo mejor de ambos mundos.

Bibliografía

Carruthers, P. (1996), "Simulation and self-knowledge: a defense of theory-theory" en Carruthers & Smith, eds. *Theories of theories of mind*, Cambridge Press.

Fuller, G. (1995), "Simulation and Psychological Concepts" en Davies & Stone, eds. *Folk Psychology*, Blackwell Publishers.

Gordon, R. (1996), "Radical simulationism" en Carruthers & Smith, eds. *Theories of theories of mind*, Cambridge Press.

Gordon, R. (1995), "Simulation without introspection or inference from me to you" en Davies & Stone, eds. *Folk Psychology*, Blackwell Publishers.

Heal, J. (1995), "How to think about Thinking" en Davies & Stone, eds. *Folk Psychology*, Blackwell Publishers.

Heal, J. (1996), "Simulation, theory, and content" en Carruthers & Smith, eds. *Theories of theories of mind*, Cambridge Press.

Stone, T. and Davies, M., (1996), "The mental simulation debate: a progress report" en Carruthers & Smith, eds. *Theories of theories of mind*, Cambridge Press.